

PAPEL DE LA EDUCACION FISICA EN LA ETICA SOCIAL EN LOS MOMENTOS PRESENTES (1).

Sumario: Complicación del estado social actual. — Efectos desastrosos de la escuela mentalista. — Falta de confianza de las masas populares en sus propias fuerzas. — El problema de la organización social. — Papel de los profesores de educación física. — Conceptos educativos esenciales. — Defectos y peligros del cultivo aislado de las energías musculares. — Inconvenientes del atletismo y necesidad de combatirlo.

Señores: Esta sala llena de luz y de colores, la alegría de la fiesta colorando los rostros y abriantando las miradas, la atención grave y a la vez anhelosa de todos, constituyen realmente un espectáculo bello, simbólico y sugestivo, especialmente en este recinto que es un gimnasio, cuyas colgaduras del momento, no alcanzan a disimular sus verdaderas aplicaciones diarias. Efectivamente, en este local modesto, una generación tras otra, acostumbra a fortificarse de cuerpo y de espíritu, día a día, y desde hace ya muchos años, recibiendo las lecciones de la experiencia y del alma de sus maestros. El resultado está allí, encarnado en esa doble fila de juventud fuerte y bella, que espera impaciente la hora de la consagración oficial.

Nos aprestamos así a recibir la última lección de la jornada en franca fiesta de congratulaciones amistosas. Aquí están los alumnos de ayer, hoy profesores; allá los padres y los amigos; más lejos los admiradores; ninguno indiferente — todos interesados en la obra social que desarrollamos.

Sólo a fuerza de ser este un espectáculo que ya nos es

(1) Conferencia dada en el Instituto Nacional Superior de educación física, en la colación de grados de los profesores egresados en 1918 y 1919, en Mayo 29 de 1920, por el Director, Dr. E. Romero Brest.

familiar, podemos olvidar, a veces, por un momento, su alto significado: envuelve efectivamente valiosas enseñanzas para todos, que no por ser particularmente sugestivas son menos reales e importantes. Aquí se profesa en este instante una intensa lección de moral física, lección que flota en el ambiente y que llena el pensamiento y el sentir de todos los que soñamos con una generación argentina fuerte, sana, educada, llena de bríos y de dignidad viril. La multitud que se congrega para aplaudir el esfuerzo de los maestros y de los discípulos, se dignifica y mejora sus sentimientos; los profesores que contemplan realizada su obra espiritual, reciben el estímulo que emerge del sentimiento de que sus esfuerzos no se pierden y que valen tanto cuanto cuestan; los discípulos a su vez, confortan su espíritu y lo levantan con la aprobación social; finalmente, los viejos amigos de nuestra escuela experimentan el sentimiento placentero que hincha el alma cuando se contribuye a edificar una obra buena.

Señores :

Los profesores de educación física que ahora vamos a consagrar, se lanzan a la labor en horas bien extrañas y de complicadas necesidades sociales. El pasado entero se encuentra hoy en discusión; se habla por todas partes de una revisión de valores, como un lugar común, que pido se me disculpe por usarlo, de una revisión en todas las formas de la actividad humana; todo se ha conmovido como si un viento de tempestad hubiera barrido nuestros viejos moldes de moral y de justicia; parece que los mismos fundamentos físicos de los pueblos hubieran sufridos trastornos inauditos en la revolución mundial que nos sacude.

Unos pueblos se han lanzado sobre otros con el alma llena de enconos y con el afán de elevar cánticos de victorias sobre las ruinas sangrientas de sus semejantes; con la esperanza de procurarse la dicha mediante la conquista violenta de ventajas materiales, de riquezas, o con el fin de imponer la felicidad, interpretada a su manera, a los pueblos más débiles. Otros se han levantado para defender la libertad de la conciencia o el predominio de los más elevados sentimientos humanos, la justicia y la libertad, basando en ellos los elementos del progreso y la felicidad de los hombres!

Atacantes y atacados, han cometido un grave error, no

me atrevo a decir un gran crimen, porque la defensa legítima no lo constituye, ni tampoco podemos libertarnos por completo de la idea de legitimidad de nuestros actos cuando creemos poseer la verdad y por lo tanto, el derecho de imponerla para el bien de los demás.

Pero, creo, sin ser tachado de intolerante, lo mismo que repruebo en los demás, que una gran falta ha cometido la humanidad al chocar con la violencia y la zaña de que dió pruebas, tratando de destruirse en horas aciagas, haciendo el sacrificio de millones de vida, en nombre de la civilización. Hecho inaudito, complejo en sus causas, sin duda alguna, pero una de las cuales, me atrevo a creer, debe haber sido la falta de orientación realmente educativa de la escuela mentalista que modeló todas las generaciones de varios siglos atrás. Escuela mentalista, creadora profícua de grandes valores intelectuales, de los cuales se enorgullece la humanidad, pero de muy escasos valores sentimentales; de aquella vieja escuela que preconizó el culto casi exclusivo de la mente, deslumbrada por la admirable y espléndida eclosión de los progresos intelectuales característicos de los últimos siglos, olvidando, quizá, el cultivo de los factores educativos, únicos formadores de la completa personalidad humana. Tal vez ha faltado al lado de los laboratorios de las ciencias utilitarias, la manera de hacer efectivo en la escuela, el desarrollo de todos los valores morales, que hacen al hombre, a la vez que sabio, bueno, tolerante, empapado en los dolores de la humanidad, orgulloso por sus actos en pro de ella y no solamente por la suma de su saber o de su poder.

Es posible que haya faltado también, en los grupos sociales dolientes, la confianza en la propia fuerza, para luchar en los momentos difíciles sin experimentar la imprescindible necesidad del asalto; acaso ha sido mínimo el desarrollo oportuno del optimismo en las almas jóvenes, para no dejarles envenenarse por la prédica de los hombres maduros, endurecidos por el dolor, quizás inmerecido, pero sin la educación suficiente, privados de ideales superiores y apoyados sofísticamente en los conceptos de una intelectualidad seca y ciega.

Tal vez el exceso de intelectualismo pudo así, envenenar también los sentimientos de la humanidad, huérfana del desarrollo escolar apropiado de una conciencia recta, apoyada en

una idea filosófica superior del bien, de la justicia y de la nacionalidad, como elementos sociales ineludibles del progreso y del bienestar.

La Historia misma nos dice que los grandes pueblos cayeron y perdieron sus fuerzas de expansión social, cuando olvidaron los conceptos de justicia y de libertad y se lanzaron en luchas fratricidas.

Así fué de la Grecia inmortal, madre de las libertades y de la belleza, cuando con ansias de dominación orgullosa lanzó sus pueblos brillantes de humanidad, los unos contra los otros, en procura de falaces predominios.

Así la Roma antigua, madre de nuestra civilización práctica, organizadora secular de todo lo que constituye la armadura de nuestra justicia social, decayó cuando se dió a conquistar pueblos para imponerles su voluntad, dicha civilizadora.

¿Qué fué de nuestra madre España, aquella que no veía ponerse el Sol en sus dominios, la de Alfonso el Sabio y de las Siete Partidas, aquella que continuó las tradiciones romanas salvando las libertades políticas en sus escuetas montañas, creadora del tipo inmortal de honor, carácter y dignidad, del castellano antiguo, cuando buscó el oro y violentó las conciencias de nuestra virgen América?

Desaparecieron todos, dejando apenas el recuerdo y el sello de sus grandezas y de sus decadencias, como una herencia inapreciable y un ejemplo vivido de sus civilizaciones y de sus extravíos.

¿Tal suerte estará reservada también a la humanidad actual como una consecuencia de la conmoción que sufre? ¿Nos espera acaso otra Edad Media?

No. Hay demasiadas fuerzas morales esparcidas por todas partes, para que pueda desaparecer como otrora, de un solo golpe, todas las tradiciones y las conquistas de ética acumuladas por la humanidad. Pero, es indudable que el estallido violento debe ser aprovechado como lección oportuna. ¡Guay de nosotros sino le alcanzamos en todas sus consecuencias y no preparamos las generaciones venideras, educándolas para resistir, si tronara de nuevo la hora de la destrucción!

Tal es el estado social en cuanto se relaciona con la influencia probable de la escuela en sus causas y en sus futuras orientaciones. Buscarle el remedio apropiado es asunto su-

perior a nuestras fuerzas, porque él ha de ser el fruto del consorcio de una moral educativa, sentimental y racional en alto grado; ha de ser el resultado del acuerdo y de la solidaridad en las masas sociales; de la unión íntima del pensador y del hombre bueno; más que tolerante, respetuoso de los derechos, de los dolores y de las alegrías de los demás.

El problema pavoroso de la reorganización social sobre nuevas bases, como parece exigirlo esta falla universal, será tal vez en primer término, fundamentalmente económico, pero, es indudable que de ser al mismo tiempo, esencialmente educativo.

Porque las combinaciones de los economistas, las elucubraciones de los pensadores estrechados en moldes puramente intelectuales, fallan sino se aplican a las masas previamente preparadas por la educación; el factor humano es siempre el más decisivo en las prácticas, aun científicas, porque tiene fuerzas que escapan al control de los números y a la medida de los aparatos del laboratorio. Los sentimientos siguen siendo en primer término, los verdaderos impulsores de las multitudes, y, si ellos no responden a conceptos claros de humanidad, pueden ser las causas de funestas regresiones, cualquiera que sea el esfuerzo de los que se creen directores de los pueblos. Nada que no esté basado en la educación motriz, racional y sentimental de las masas populares, ha de tener la fuerza suficiente para impulsar las ideas progresivas.

Y en esta obra educacional, los Profesores de educación física tienen un papel predominante, porque esta disciplina es fundamental en la formación del hombre, desde que ella significa, racionalmente considerada, el mecanismo por el cual se transforman en acción las ideas y los sentimientos que bullen oscuros en el fondo del alma individual y colectiva. Instintivamente las sociedades sienten ahora que en la cultura física, en parte por lo menos, se encuentran los medios más eficaces de su salvación futura. Así lo comprueba evidentemente, el despertar bien marcado que se nota en todas partes en pro de la intensificación de esta enseñanza.

La guerra mundial demostró a los ojos asombrados de los pueblos fuertes, especialmente preparados para ella, que la educación deportiva de las sociedades pacifistas era capaz de cimentar esfuerzos defensivos gigantescos, y lo que es más

significativo, capaz de engendrar pueblos que se han erguido de entusiasmo por la defensa de ideales superiores de justicia y de libertad, capaces también de vencer en los campos de batalla porque disponían de las aptitudes necesarias para ello: la disciplina, el coraje, la solidaridad y la confianza en las propias fuerzas.

Por esto, el primer pensamiento de las sociedades pavorizadas ante el ejemplo de la guerra, ha sido el de precaverse contra futuros ataques usando como medios de defensa, la reorganización inmediata de sus instituciones de educación física. Y así se ve en la hora presente que todas se lanzan a buscar los medios de hacer algo en pro de esta cenicienta escolar y aun social. En muchos casos, sin embargo, la idea directriz parece ser demasiado simplista porque encara solamente un aspecto de la influencia de la educación física: su valor guerrero como agente de creación de fuerzas musculares, en tanto que lo fundamental no está precisamente ni en la potencia del músculo, ni en la amplitud del pulmón, sino más bien en las aptitudes psíquicas que es capaz de desarrollar, dotando a los hombres que la cultivan racionalmente, de aptitudes sociales y la energía motriz suficiente para transformarlas en acción eficaz, en la consolidación o en la defensa social.

La educación física así entendida, no se refiere solamente a la cultura del músculo, que, cuando más, lo capacitaría para dirigir acertadamente un golpe al adversario o para manejar con provecho un aparato de juego, o diestramente un instrumento de labor, sino más bien a la educación social y psíquica que emerge de estos factores como medios, elevándose por grados hasta la creación, orgánica y funcional, de relaciones de los neurones en la masa cerebral.

No consiste, pues, sólo en la agudeza de los sentidos, sino en la perfección de los actos psicológicos y morales, entre los cuales figura en primer término, el dominio de las pasiones que el juego y la lucha excitan violentamente descubriendo muchas veces, el fondo ancestral de nuestra flaca personalidad.

Consiste también su importancia en que enseña a respetar las leyes, las leyes sociales que son la expresión de nuestro propio derecho y el resultado de la moralidad y de la ciencia acumulada de nuestros antepasados; el verdadero fruto del esfuerzo civilizador de la humanidad a través de generaciones

sin número y que constituyen las columnas básicas de las sociedades civilizadoras.

Las masas de pueblos que nosotros preparamos, educadas en estas ideas por la acción y por el ejemplo, serán elementos de orden social y expresiones superiores de verdadera humanidad, eficaces, por su número y por su mentalidad, para contribuir eficientemente a asegurar la paz y el progreso social.

En las formas de actividad física que preconiza nuestra escuela, la igualación de las clases sociales, en el concepto de las democracias, se hace por el mejor conocimiento de las mismas y por el desarrollo de la solidaridad, levantando las clases inferiores hasta el nivel de las superiores. Al efecto, hacemos camaradas al hijo del obrero manual con el del obrero intelectual, haciéndolos palpar juntos de las mismas emociones, en las alternativas de la lucha deportiva racional y caballerosa.

¿Serán capaces estos conceptos educativos de proveer a la paz social comprometida por la lucha feroz de clases, que se esboza en el mundo entero? El efecto es demasiado grande para que podamos, sin un atrevimiento verdaderamente optimista, atribuirlo a un acto, por lo menos, aparentemente pequeño, pero, no debemos olvidar que la acción coordinada de todos los agentes de la educación del pueblo es la que ha de obtener la mentalidad nueva, que conducirá por los viejos caminos inmutables de las ideas de solidaridad, al desarrollo del progreso. La historia misma nos indica que ellos fueron los seguidos constantemente por la humanidad, a ejemplo de los fenómenos biológicos que llevan al perfeccionamiento de las especies.

Cuando, por el contrario, las fuerzas humanas de todo orden, físicas o puramente intelectuales, se desarrollan sin el correspondiente contralor educativo, sus efectos pueden transformarse en desastrosos; puede considerarse como prueba la catástrofe mundial de la que aun no hemos salido del todo.

Físicamente considerado, el cultivo del músculo sin educación moral intensa, constituye un espectáculo entristecedor que hace retroceder la personalidad humana hacia la animalidad.

Así, pues, es fundamental que las fuerzas que desarrollamos se orienten hacia una educación moral y social bien cla-

ras; cuidado con poner en libertad las pasiones groseras; desencadenadas, podremos ser sus víctimas: cada partido de football será un ensayo de luchas brutales en vez de ser ocasión y campo de integración de aptitudes sociales superiores.

Cuidado también con el culto aislado de las fuerzas musculares: la vanidad inferior del atleta será el menor de los males que engendrará; el alejamiento y el desprestigio de la educación física por los elementos ponderados, será el otro efecto inmediato; y luego, como una consecuencia realmente lamentable, el dormitar de nuevo por varias generaciones de este precioso instrumento de cultura social que es la educación física.

No hay alternativa, los viejos moldes deben desaparecer. Prestigiados por la vanidad de los éxitos personales efímeros, cubiertos de oropeles, amparados por la ignorancia, los atletas no son ya ejemplos a seguir sino más bien manifestaciones de una mentalidad inferior que deberán ser proscriptos severamente. No interesan ya a la evolución social, porque no son exponentes de progreso; la dimensión de un salto ineducado, la velocidad extremada de una carrera antifisiológica, la energía de un golpe de puño, como finalidades educativas, no significan nada ante los efectos de los actos colectivos que desarrollan sentimientos sociales.

El esfuerzo que haga la sociedad por su mejoramiento físico y moral, debe orientarse en las ideas que sustenta nuestro sistema de educación física argentino; lo podemos afirmar como el resultado de la evolución histórica de la enseñanza y por la experiencia en nuestro país. Deberá, por el contrario, huir del atletismo, que fué fruto y causa de la degeneración griega; del atletismo, que como concepto, creó el gladiador romano, fuerza inmoral, que destruyó los últimos sentimientos de ética de la Roma decadente; del atletismo colectivo que engendró los batallones escolares de la Francia guerrera y doliente, y de nosotros mismos, cuando copiamos servilmente las instituciones exóticas; del atletismo que aun corroe nuestras manifestaciones físicas populares subalternizando y limitando los efectos de la cultura física racional.

Señores Profesores de educación física:

Para difundir las doctrinas educativas que forman nuestro bagaje actual, la Nación ha hecho esfuerzos en prepararos

científica y prácticamente. Ellas no significan solamente conceptos de carácter higiénico o económico, sino más especialmente sociales y también, esto no debéis olvidarlo nunca, conceptos de ética espiritual que comienza por el despertar de sentimientos de belleza por el juego armónico de movimientos musculares, para llegar por grados, a los más elevados de estética sentimental y moral.

Id, pues, a donde os llame vuestro ministerio de educadores, predicad estas doctrinas con el ejemplo, persistid en ella y no os dejéis halagar por los triunfos fáciles de escuelas violentas, atléticas, individualistas que el público suele aplaudir sin darse cuenta de sus errores.

A vosotros os encargo el velar por la difusión y el mantenimiento de las enseñanzas aquí recibidas, como una primera manifestación de vuestro carácter, sin concesiones de ninguna clase.

Os espera ruda tarea; por desgracia aún no estamos suficientemente organizados socialmente, para que las cuestiones educacionales se resuelvan de una manera racional. Si así fuera tendríais la dirección de las prácticas físicas, que os corresponde por vuestra preparación y porque sois los únicos oficialmente capacitados para ello. Si así no sucede es debido a aberraciones, contra las cuales debéis también luchar sin desmayo.

No fueron mejores las perspectivas de vuestros antecesores en este acto de consagración. Ellos también están ahora luchando con mayor o menor eficacia. Médicos, ingenieros, abogados, sacerdotes, químicos, farmacéuticos, además de la pléyade de maestros con diplomas como los vuestros, esparcen vuestras doctrinas, enseñando o predicando, con el ejemplo o desde la cátedra de sus respectivas actividades.

Pero, días mejores parecen alborear en el presente. El Consejo Nacional de Educación, por boca de su presidente, ha expresado su determinación de encargar a vosotros la tarea de organizar un bello proyecto de cultura física popular intensiva.

Esperamos mucho también del intendente municipal que demostró poseer ideas muy justas, respecto de la educación física de los niños, mientras fué eficazmente presidente de un consejo escolar. También algunos consejos escolares bien ins-

pirados dan valor efectivo al diploma de educación física. Racionalmente todas las autoridades escolares harán lo propio.

Señores:

Parece que fuera ayer no más y, sin embargo, hace ya catorce años que una ceremonia semejante a esta, reunía el primer grupo de alumnos, egresados con el diploma de educación física; era el primer contingente de iluminados por un anhelo de triunfar en una noble causa, con la fé de los que persiguen ideales puros. Desde entonces a hoy, ha transcurrido un largo período de pruebas y de luchas que no ha sido suficiente para desagotar el capital de vida desinteresada encerrado en las fuentes profundas de la juventud, de la juventud que se nutre de esperanzas y de optimismos, que no ve obstáculos porque mira alto, por encima de ellos. Es también este hecho una prueba evidente de la vitalidad de nuestra raza; exponente de virtud y de belleza del alma argentina.

A esta generación de maestros que terminan su jornada escolar le seguirá en breve otra, que espera, impaciente ya, el momento de ocupar igual puesto de honor.

Muchos años seguidos he tenido esta satisfacción, de armar caballeros para la noble lucha de la educación; muchas veces he experimentado los sentimientos encontrados de pena y de alegría, al desprenderme de los hijos emancipados cuyo porvenir no se ve claro, pero que se desea feliz y brillante.

Ellos están allí con la sonrisa placentera en la mirada, con la suave pena de las separaciones en el corazón, pero con el alma llena de entusiasmos juveniles y con la confianza en la propia fuerza y en la dicha, que les guarda el porvenir, siempre rosado de la juventud.

Sus maestros y amigos apreciamos sus esfuerzos y valoramos sus deseos. Les decimos: id por la vida sembrando las obras del ejemplo, obras de carácter, de bien y de justicia.

Así honraréis la escuela que os dió las armas y también el ejemplo. Sabéis cuanta energía y abnegación han desarrollado vuestros maestros en la labor pesada, fatigosa, sin alicientes acaso, para que todos hayáis podido realizar vuestros deseos; ellos mediante, la escuela, chica, no cerró jamás sus puertas a ningún estudioso, ni cortó en su camino ninguna noble aspiración.

Hemos llegado ahora a un descanso en la tarea; todos

con igual alegría, con un solo interés y con los mismos bríos para la lucha, los maestros y los alumnos, los profesores sencillos y serenos, mis nobles compañeros de labor, al par de los discípulos vivaces, fuertes y sinceros.

De tal manera os habéis formado, tal el camino que habéis recorrido en esta casa y tal el sentimiento que tenemos para vosotros en esta hora de legítimas expansiones y de transitoria despedida. A esta casa volveréis cuanto estéis tristes y a ella también cuando una gran alegría embargue vuestro espíritu, porque sentís que en ella encontraréis siempre el abrigo sincero de cariño y de consideración franca que une a los que persiguen ideales nobles y elevados.

Permitidme ahora cumplir con un penoso deber.

Os invito a ponerlos de pié a la memoria de la infortunada compañera, la Señorita Humano Ortíz, arrancada prematuramente a la vida, en vísperas de recibir la consagración oficial a sus esfuerzos, dejándonos solamente el recuerdo de sus altas dotes de estudiante ejemplar.

Señores:

Escusad la modestia y la familiaridad de nuestras expansiones: ellas son características de esta ya gran familia, formada por el Instituto y sus discípulos de todas las épocas. A más de 600 llegan los diplomados en el período de nuestra vida organizada y a más de mil, los que corresponderían al de los comienzos de la enseñanza, un tanto dispersa, del principio de la institución.

Os agradezco nuevamente en mi nombre y en el de la escuela, vuestro acto de presencia y vuestra participación amable en nuestras alegrías. Interpreto vuestro gesto como un estímulo, que nos hará perseverar con mayor energía en la tarea educacional en que estamos empeñados.

He dicho.

E. ROMERO BREST.